



LIBRO SEGUNDO

I

CÓMO LA BLANCA ALINA VIÓ BAILAR UN
BAILE, Y LO QUE SIGUIÓ.

« Me sonrió y me dijo : »
Sabe, oh capitán Moin, que soy
una mujer que está perdidamente
enamorada de una jovencuela.
Y entre ella y yo ha sucedido.
lo que ha sucedido. Y eso consti-
tuye un misterio de amor. »

*Mil y una Noches, trad.
Mardrus, XV, 198.*

Las investigaciones dirigidas por el
Eunuco Mayor tenían mérito en cuanto

á los resultados, pero pecaban en cuanto á las conclusiones.

La blanca Alina, al escaparse, no había necesitado de los dos cómplices imaginados por Taxis.

Uno solo había bastado.

Una sola, para decirlo todo.

He aquí cómo había huido.

Ya sabe el lector que la antevíspera del día en que la Princesa se marchó de Palacio, unas cuantas bailarinas francesas habían venido á enseñar, en el harén, sus piernas de color de rosa y sus adornadas pelucas.

Por primera vez desde su nacimiento, la blanca Alina tenía permiso para asistir á una representación. Parecía conveniente á Pausole comenzar por una sesión de baile la educación teatral de su hija, por creer él que un motivo de pantomima es menos fácil de descubrir, y, por consiguiente, menos peligroso de meditar que una acción de comedia. Además, los bailes se desarrollan siempre en una decoración inverosímil; no halla uno en la vida los personajes que ellos presentan y nadie puede imitar, sin caer en ridículo, los graciosos ademanes sobre los

cuales ritman ellos pasiones deplorables.

Muy atinado era el razonamiento de Pausole; por desgracia, la blanca Alina no necesitaba comprender para admirar.

En medio de todos los pasos del baile, sólo una cosa vió la muchacha: que un joven muy guapo (que quizá fuera una dama) recibía en cada cuadro los inflamados homenajes de otras cuarenta damas, y que ciertamente los merecía.

Le pareció bien formado, elegante, prestigioso. Comparó sus ademanes con los de los funcionarios á quienes diariamente veía ella en Palacio, y le dió el premio de la gracia. También le dió el de la belleza, el del ingenio, el del corazón. Mirábale con la boca entreabierta y con la cabeza inclinada sobre el hombro, con tan profunda expresión de ternura, que muy inquietas estuvieran las camaristas que la acompañaban, de no haber seguido también ellas con igual absorbente pasión las peripecias del baile.

Después del espectáculo, preguntó la Princesa cómo se llamaba aquel hechicero personaje, y le fué contestado que aquel papel lo desempeñaba la bailarina Mirabella.

¿Dónde vivía tan hermosa persona?

En el fondo del parque, le contestaron, en ciertas dependencias de Palacio, y sólo por dos noches más, hasta su salida para otra población.

¿Cómo hacerle saber que había gustado? — Por medio de un presente, sugirió la camarista mal inspirada.

La blanca Alina reflexionó.

De regreso á sus habitaciones, y antes mismo de comenzar su minucioso tocado nocturno, pidió un billete del banco para ponerlo bajo sobre.

Momentos después, se encerró en su cuarto tocador, cuyo tono general era un morado rojizo, como para entregarse á íntimo aseo que no podía ser vigilado por la camarista; y, sentada ante una mesa y segura de no ser sorprendida, escribió estas sencillas palabras :

« Señorita : Es usted muy bonita. ¿ Quiere usted hablarme? Esta noche, á las dos, estaré en el parque, bajo el mayor de los almendros, cerca de la fuente.

« No diga usted á nadie que le escribo. Para todo el mundo, este mensaje sólo una estampa encierra. Acéptela también para no venderme.

« Princesa ALINA. »

Deslizó después su estampa entre las hojas de la carta, y escribió, á modo de dirección :

« Á la Señorita Mirabella ».

y lacró el sobre para que no lo abrieran.

La misma camarista que, en la candidez de sus muchos años, había aconsejado aquel presente, tuvo además la amabilidad de llevar el pliego á la destinataria. Digamos que á ello la incitaba : primero, el loable deseo de hacer obra caritativa; y, segundo, la tentación quizá no menos viva de llegar hasta las bailarinas en hora en que se hallan éstas muy aligeradas de ropa. Pues para una solterona, el programa de la dicha completa consiste en atender á la salvación de su alma al mismo tiempo que se mezcla en aventuras galantes.

Ya sola y metida en su fresco lecho, la blanca Alina se sintió agitada por inaguantable emoción. Trató primero de calmarse acostándose sobre el lado derecho, luego sobre el izquierdo, después sobre la espalda, sobre el pecho; sentándose, estirando sus miembros, abrién-

dolos cuanto podía, acurrucándose...; pero en todas las posturas se sentía calenturienta, é instintivamente se hacía á un lado como para dejar sitio á un misterioso visitante.

Mucho antes de la hora fijada por ella, se levantó, calzó sus chinelas, abrió los visillos y miró la luna entrar hasta el fondo de su largo cuarto.

La noche brillaba, tibia y ligera. Por la ventana abierta, Alina distinguía á lo lejos, más allá de las praderas borrosas y del bosque inmóvil, la blanca azotea en que Mirabella leía su carta.

— ¿Qué va á pensar de mí? se dijo la muchacha. ¿Vendrá? Quizá no... Acaso esté cansada... Quizá la asuste la noche...

Para ocupar su espera, dibujó sobre su cartapacio una cantidad de figuritas sensiblemente geométricas: circunferencias, barras, rombos, grecas que terminaban en espirales. Sombreábalas con conciencia y distracción perfectas. Después comenzó, á la luz de la luna, el retrato de un hermoso desconocido que tenía tres pelos, cuarenta pestañas y cada ojo mucho mayor que la boca.

Mas no bastaba el arte para calmar su impaciencia.

Volvió ante su amplio espejo, dejó caer su camisa blanca, y prosiguió su examen desde el punto en que lo dejara antes de abrir de nuevo á la camarista la puerta de su cuarto tocador. Aunque joven é ignorante, había leído cuentos de hadas, y como sólo de amor se trata en los relatos del bueno de Perrault, no había tardado en comprender en qué momento de la cita se manifiesta el amor lo que debe ser. Sabía que la Princesa durmiente recibió al Príncipe en su cama, que « les corrieron las cortinas » y que « durmieron poco », sin que el autor les compadezca. Así es que, como tenía Lina el instinto de las caricias al mismo tiempo que el deseo de saborearlas, ni un instante dudaba de que los favores de su amante exploraran poco á poco todas las partes de su cuerpo en que había de resultar dulce el esperarlas, y delicioso el retenerlas.

Por eso quiso ser digna de las atenciones con que contaba, sin conocerlas exactamente. Cubrió de polvos su piel. Se contempló. En su estante de perfumes escogió verbena, cidra y heno segado, porque las esencias vegetales convenían particularmente á una cita bajo los ár-

boles, y quizá los esparció en sobrada cantidad sobre el desnudo cuerpecito al que tanto cariño tenía.

En un abrir y cerrar de ojos se puso



un par de medias y una camisa de día, y con igual rapidez encerró su corsé en un armario ropero. Se puso además un vestido Imperio muy ligero, sujetó la

alta cintura con un imperdible disimulado bajo un lacito, y notó que aquella estratagemata aislaba, acusándolos, los dos frutos cada día más preciosos de su joven pecho adolescente.

Por fin sonaron los tres cuartos antes de la tan esperada hora.

La blanca Alina se puso un sombrero de forma Imperio también, y, además guantes largos y oscuros que dejaban al descubierto lo alto de sus brazos.

Estaba lista.

Entonces, según muy justamente lo había adivinado el Eunuco mayor, se sentó sobre la ventana abierta, alzó ambas piernas á un tiempo, giró sobre sí misma, y saltó.

Ningún peligro ofrecía el salto, pues la ventana se hallaba en la planta baja.

Cayó, á pies juntillas, sobre una platabanda recién regada. La gente de guardia vigilaba por fuera del parque, mas no en el interior. Nadie la vió pasar.

Para no hacer ruido alguno y para quedar en la sombra, siguió, costeano los paseos, la orilla del bosque, cubierta de césped.

Aunque impaciente por llegar adonde iba, andaba con lentitud, cual si cierta

altivez la aconsejara no ser la primera en llegar.

Pero, sin duda que la otra persona había pensado lo mismo, pues á nadie vió Alina bajo el almendro designado.

Picada, prosiguió su paseo, anduvo vagando, dió un largo rodeo; después, un tanto inquieta y comenzando á dudar de que acudiera la otra, se ocultó cerca del árbol y miró con obstinación hacia el blanco edificio.

De repente, tuvo una visión.

Mirabella, comprendiendo que perdería todo prestigio mostrándose con traje de calle á aquella niña que adoraba en su persona al lindo Príncipe de los cuentos de hadas, había conservado su disfraz para acudir á aquella cita que le agradaba por más de un motivo.

Y la blanca Alina, extasiada, vió llegarse á ella al mismo joven tan amado por las cuarenta damas del cuerpo de baile, pero mucho más hermoso aún, luciendo su traje lentejuelado en el alba de una luna encantada, y fijando en ella sus ojos.

II

EN QUE PAUSOLE NO CONTENTO CON HABER TOMADO UNA RESOLUCIÓN, SE ANIMA HASTA EL PUNTO DE EJECUTARLA.

Tendréis envidiosas y enemigas; y vuestra belleza, al excitar amor en Solimán, excitará odio en todas las sultanas.

SCUDÉRY. *Ibrahim ou l'illustre Bassa.* — 1641.

Dejando cara á cara á Taxis y á Gilillo, el Rey Pausole se fué á sus habitaciones privadas, en donde le esperaba la Reina Dionisia, la misma que le aconsejara escribirle una carta á San Antonio para encontrar á la blanca Alina.

Á pesar de toda la crema y de los polvos que empleó, no había podido, la pobre Reina, ocultar los cuatro profundos arañazos que le habían desgarrado el seno izquierdo.

Y refirió sus infortunios.

Conducida al harén después de su solitario despertar, Diana la Copetuda se había tirado sobre un diván, desesperada y sacudida de hondos sollozos. Rodeada

de amigas malintencionadas, exasperada por las burlas, harta de las bromas que le daban sobre su extraño físico y sobre su pasión, habíase erguido, llorosa, amenazadora. Y, en vez de arremeter contra las que en torno suyo bailaban, insultándola, se fué en busca de la inocente y dulce Dionisia para desgarrarle el pecho,



vengándose así de tener que cederle el puesto.

Escuchó Pausole esta historia con frecuentes distracciones. Había tomado á la Reina Dionisia en un lote de doce adolescentes ofrecidas por una ciudad leal, y no la había devuelto á su madre, únicamente para no afrentar á la joven frente á sus conciudadanas; pero no le tenía

cariño, resultándole insignificante, gatzmoña y un poco torpe. Para conciliar sobre su persona los reglamentos del harén y los principios de la decencia, acostumbraba Dionisia á llevar sobre su vientre bajo un pañizuelo de encajes que la hacía parecerse á una salvaje elegante, pero que, mal sujeto, y moviéndose á todos lados, producía justamente lo opuesto á su verdadero destino. Pausole, que también tenía principios, favorecía el desnudo, pero censuraba lo transparente. El traje de la Reina Dionisia le chocaba hasta el punto de ofuscarle.

Comió muy tarde y se fué al terrado para meditar acerca del grave acontecimiento al cual se había resuelto; luego, ya que dieron las doce, hizo observar á su piadosa compañera que ya estaban en sábado de la Pentecostés, y que creía serle agradable al no hácerla pecar en día de vigilia y de ayuno.

Dicho esto, la hizo conducir al harén, á fin de que Diana la Copetuda se consolara.

Al día siguiente asomó la aurora de una jornada tres veces solemne. Miró Pausole las paredes de su cuarto, sus

tapices, sus chirimbolos, sus objetos familiares; y con estremecimientos pensó que no vería todo aquello por la noche... Bajo la emoción del primer momento que sigue al despertar, que es vecino de la pesadilla, tuvo el presentimiento de todas las calamidades que en los recodos de los caminos esperan á los que van en busca de aventuras.

Su morada era la de la paz, del reposo, de la dicha tranquila y de la igualdad de las horas. ¿Qué aberración le empujaba á dejar tan dulces riquezas? — En un recuerdo pastoral, los versos de un triste idilio escrito por La Fontaine flotaron ante su soñadora memoria, y bajo la simbólica forma de un pichoncito desplumado, el Rey Pausole se vió perecer en un lamentable destino.

Poco duró esta impresión.

Una radiante mañana llenaba el cuarto. La nueva camarista, ya más atrevida, hablaba con voz fresca y solícita, daba noticias que no le pedían, y hasta se atrevía á hacer preguntas. Su Majestad disfrutaría de un tiempo hermoso. El viento era del norte. Había llovido un poco. La otra camarista estaba bastante enferma; los médicos hablaban de una

metritis. Ya de noche había habido una ruidosa disputa entre el señor Eunuco mayor y el joven paje Gilillo. ¿Lo sabía Su Majestad?

Pausole, moleestado, estuvo á punto de amenazarla con hacerle sufrir, por toda la compañía de los pajes, la misma suerte que su amiga. Mas, por no saber si aquella amenaza aterraría á la joven ó excitaria en ella deseos, se contentó con pedirle que fuera en busca del señor Eunuco Mayor, siguiendo la vía jerárquica.

Dicho esto, salió de la cama y se puso una bata.

Gilillo tenía razón; ya no lo ponía en duda Pausole. La paz confinaba con el tedio, el reposo con el entumecimiento, la igualdad de las horas con la melancolía. Mirándolo bien, aquel cuarto resultaba aburrido. Aquel horizonte, cuyas matizadas metamorfosis creía él seguir con interés, tiempo hacía que había agotado, para él, la reducida escala de sus tonos. Sólo un espíritu menguado podía limitar sus curiosidades á las quince higueras del terrado, á los treinta álces del seto que lo cerraba. Había en Trifema otras higueras, otros tallos ama-

rillos. La excursión sería fecunda en placeres inesperados.

Así conocía Pausole el arte de sustraerse á todos los pesares, cambiando la definición de la dicha bajo el dictado de las circunstancias.

La dramática entrada de Taxis interrumpió sus reflexiones.

El hugonote se colocó delante de la puerta cual si estuviera pronto á salir, caso de fracasar en su pretensión, y reunió por la punta el índice y el pulgar de su mano derecha, no con la significación que á esta seña daban las cortesanas atenienses, sino para hacer constar que se expresaba en términos de ultimatum :

— Señor, declaró, una pregunta, sólo una : ¿ Soy aún Mayordomo Mayor de Palacio?

— No comprendo, contestó Pausole.

— Preciso con una palabra. ¿ Soy el jefe, el colega ó el subordinado del paje llamado Gilillo?

Pausole se encogió de hombros.

— Qué demonio de mosca le ha picado á usted, Taxis? No hay para qué hacer tal pregunta. Vamos á marcharnos dentro

de algunos instantes. Sólo usted y él me acompañarán. No veo con qué objeto estableciera yo supremacía alguna entre mis dos consejeros, puesto que ambos me sirven y no reciben órdenes más que de mí.

— Señor, vamos á marcharnos, pero no nos hemos puesto aún en camino. Cualquiera que sea la aversión de Vuestra Majestad por la pompa y el ceremonial, su salida exige preparativos, y su ausencia precauciones. Es pues el caso que el joven paje de que se trata, impulsado por inútil celo, pretende inspirarse de vuestras secretas preferencias para censurar todas las medidas que tomo y proponer otras. Pregunto si tiene autorización para tomar tal actitud que paraliza mis actos y hiere mi dignidad.

— ¡ Vaya, otro conflicto! exclamó Pausole. ¡ No he de mezclarme en ese asunto! Ese joven me ha hablado. Tiene muy buen sentido. Es un espíritu claro y sagaz. No he de privarme de sus consejos. Usted, Taxis, también tiene cualidades que nadie piensa en despreciar. Es usted desagradable, pero indispensable, y no admito que nadie le ponga cortapisas. Vaya, pónganse de acuerdo. como dos

amigos, y procuren que no tenga yo que intervenir.

— La cosa es imposible.

— ¿Por qué, pues?

— Entre los principios de ese jovencuelo y los míos, que Vuestra Majestad parece estimar de igual manera, hay incompatibilidad absoluta. Es menester que uno de los dos ceda, ó abandone el puesto. De vuestra boca espero, Señor, el nombre del sacrificado.

Con ademán impaciente frotó el Rey una cerilla que estalló como la expresión misma de su mal humor. Fumó en silencio durante algunos minutos, y dijo :

— En ese caso, nada más sencillo. Mandarán ustedes á turno.

— ¡Ah! exclamó secamente Taxis.

— Se repartirán ustedes el día. De medianoche á mediodía, usted, amigo Taxis, por ser éstas las horas en que no he de verle. Velará usted sobre mi sueño, y, en caso de necesidad, sobre mis placeres. Luego, desde las doce del día hasta las doce de la noche, su sucesor de usted dirigirá mi ruta é inspirará mis voluntades. Me parece haber dado así con una

solución que aleja toda probabilidad de disensiones.

Con mirada adusta, terminó Taxis la entrevista con estas palabras :

— Está escrito : « Tendré la misma suerte que el insensato; ¿por qué, pues, he sido más prudente? »

É, inclinándose, salió.

Tres horas después, el Rey Pausole, entre su paje y su hugonote, precedido por cuarenta lanzas y seguido de numerosa impedimenta, cabalgaba, por vez primera, por la carretera de su capital.



III

CÓMO EL ESPEJO DE LAS NINFAS SE CONVIRTIÓ EN EL DE LAS DOS JÓVENES.

Salvete æternum, misere moderamina flammæ
Humida de gelidis basia nata rosis.

JOANNES SECUNDUS.

La fuente y el almendro estaban situados en el sitio más apartado del parque. Sólo á la blanca Alina le gustaban lo suficiente los largos paseos para ir á veces á visitar el silencio de aquel perdido refugio.

El agua, de una boca de sátiro cuyas orejas eran extravagantes, caía en una pila natural de roja tierra y de hierbas verdes en donde arraigaban laureles cerezo formando tupidas matas. En nada se parecía aquello á la pila mohosa y leprosa de nuestros jardines, en la que un manantial inútil viene á inundar una tierra ya ablandada por la lluvia. Aquello era un nacimiento de flores en el empurpurado suelo del Mediodía, una fuente de savia, una urna genitora de donde la vida corría en verduras movientes, y el viejo sátiro, hijo de Pan, miraba la ju-

ventud de los bosques descender eternamente de sus labios.

Por encima del cornudo mascarón, al que la blanca Alina tomaba por el diablo, dos ninfas de mármol se enlazaban, en pie é inclinadas sobre la obscura pila. Al final de cada invierno, el almendro las cubría de sus diminutos agabanzos. En verano, tomaban bajo el sol todos los colores de la carne. Por la noche, de nuevo volvíanse diosas.

Cerca de aquella agua fértil y sombría, á la que llamaban el Espejo de las Ninfas, la Princesita con vestido Imperio vió venir á ella á su Príncipe Hechicero, cuya lentejuelada chaquetilla se movía en el alba de una luna encantada.

Lo vió desde tan pronto como asomó bajo los árboles, semejante á una delgada estrella blanca. Después lo vió crecer y precisarse. Su paso era tranquilo; de cuando en cuando cogía hojas de los arbustos y las respiraba cual si fueran corolas. Parecía y se eclipsaba, según las zonas de sombra y de claridad. Jamás se había sentido Lina tan emocionada. Aunque tenía grandes descos de besar y abrazar en seguida á su Príncipe, retro-

cedió hasta la fuente, y, puesta la mano ante la boca, ni una palabra se atrevió á decirle.

— Me ha llamado usted; heme aquí, dijo Mirabella, tiernamente.

Lina abría ojos enormes. Miraba á su Príncipe de pies á cabeza, pero sobre todo en los ojos.

Tenía la cabeza descubierta; su pelo era de color obscuro, y lo llevaba cortado á media melena. Su mirada era profunda y fija, con una expresión muy dulce que no llegaba hasta la sonrisa. Vió aquel rostro querido inclinarse sobre el suyo, y, como cerrara los ojos, dos labios cálidos se posaron en ellos.

La sombra negra de las ninfas enlazadas ocultaba á las jóvenes puestas en pie. Lina temblaba. Lentamente, los dos labios arrastraron su caricia alrededor de su mejilla, y se detuvieron sobre su boca.

— ¡ Ah!... exclamó Lina.

Mirabella se separó. Esta vez, una sonrisa ligera pero siempre tierna aguzaba sus ojos cercados de negro...

Alzó la cabeza y miró en torno de ella.

— No. Estamos solas, contestó Lina. Quédese.

Pero en seguida añadió :

— Venga usted conmigo.

Á corta distancia detrás de la fuente había un templecito griego, cinco columnas corintias sosteniendo una cúpula redonda. Corría un muro hasta media altura de las columnas. Un ancho banco circular en el centro del monumento lleno de sombra tenía cojines rellenos de plantas marinas, y el sitio era tan propicio para las confidencias, que, apenas sentada junto á la bailarina, Lina se envalentó hasta hablarle.

— ¿ Le han entregado á usted mi carta?

— Ya lo ve usted.

— ¿ Sabe usted por qué le he pedido que venga?

Mirabella fué muy prudente.

— Para conversar conmigo, contestó.

— Así es... Y está usted aquí, y ya nada tengo que decirle...

Mirabella le cogió la mano. Creyó Lina notar que, á su vez, temblaba la bailarina.

— También yo quería verla á usted, así, cerquita, prosiguió. ¿ Es usted tan guapa!... Guapa como un joven... Durante todo el baile, sólo sus ojos de usted

he mirado... ¡Y si supiera usted cuanto la envidio! Me apena mucho el ser rubia; quisiera ser morena como usted; quisiera parecerme en todo á usted; ser su hermana...

Mirabella juzgó inútil protestar.

Lina ofreció sus labios. Dijo :

— Béseme como antes, ¿quiere usted?

Y al desunirse sus bocas, exclamó :

— ¡Oh qué delicioso es esto! ¿Quién se lo ha enseñado?

— Lo he inventado yo, contestó la bailarina.

— ¡Oh qué bien! ¿Qué edad tiene usted?

— Dieciocho años. ¿Y usted?

— Catorce... Otra vez, ¿quiere usted?

El juego era peligroso para la joven Mirabella. Por dueña que fuera de su actitud, por decidida que estuviera á no atropellar nada, á obrar con cautela para llegar á sus fines, hubo en su pensamiento un momento de trastorno en que no pudo contenerse. Tanteó primero el vestido en el sitio en que los nacientes senos abultaban la delgada y cálida tela; luego, aprovechando las excepcionales facilidades que el traje de Alina ofrecía á los gestos simpáticos, arriesgó ciertas inves-

tigaciones que satisfacían, si no su deseo, cuando menos su curiosidad.

Lina, dócil é instintiva, se prestaba gustosa á todo. Mirabella se alborotó por completo. ¡Envalentonada por las tinieblas, segura de que nadie vería la púrpura de la voluptuosidad afluir á su cara, se abandonó misteriosa al estremecimiento de placer que ya sentía ella acercarse, y no pudo moderar ni los movimientos, ni los suspiros ni los retemblores. Cuando ya se iba serenando, Lina, inquieta pero tranquilizadora, le preguntó :

— ¿Siente usted frío, amiga mía? Está usted tiritando.

— Un ligero mareo... contestó Mirabella. No es nada... Estoy acostumbrada á ello...

— ¿Quiere usted que andemos un poco?

— Sí...

— Venga. El parque está desierto. Iremos adonde usted quiera.

Bajó Lina su falda y se levantó para echar á andar.

Ambas reaparecieron á la claridad de la luna.

El vestido verde y la chaquetilla lentejuelada se pasearon un rato alrededor de la fuente. — Uno parecía de esmeralda, y

la otra de plata, pero cuando quisieron contemplar en el agua de la pila sus formas enlazadas á imitación de las ninfas de mármol, vieron que la noche igua-



laba sus colores con los del agua y del bosque.

Mirabella no hablaba. Su deseo, apenas calmado, renacía. Comprendió que estaba enamorada de Lina, y ya no pensó sino en estarlo con éxito. Cierta que disponía aún de algunas horas, pero se dió cuenta de que resultarían perdidas empleándolas según se lo aconsejaban sus tentaciones presentes. Se le ocurrió una idea nove-

lesca; la examinó en silencio, le pareció realizable, y, antes de expresarla, quiso sugerirla, hasta tal punto llegaba su artificio.

— Adiós, dijo de repente. Ya no nos veremos más.

La blanca Alina palideció. Dijo en tono de súplica :

— ¡Oh, todavía no!

— Es preciso.

— Pero si no la he visto á usted, aún no hemos conversado... Apenas llegada, ya quiere usted marcharse... Acaso le resulte fastidiosa mi compañía... ¿No comprende usted por qué la he llamado? Yo misma, apenas si lo sé, pero me siento feliz al ir así cogida de su mano.

Mirabella la aprisionó en sus brazos.

— Quédese, por favor, prosiguió la joven. Quédese, ó, si no, vuelva mañana á la misma hora... La esperaré...

— ¿Mañana? ¡Pero si nos vamos al amanecer!...

Lina palideció más aún, y acabó por echarse á llorar.

— ¿De veras, de veras que se marcha usted? ¿Y cuándo volverá?

— Nunca.

— ¿Acaso ignora usted que es usted

mi único amor? Ayer, en el teatro, me he dado bien cuenta de que había algo entre usted y yo, y de que era preciso reunirnos y de que sería usted mi amiga. La llamo, la espero, mezclamos nuestras bocas, ¿y ya se habrá acabado esto para siempre? Si usted se marcha, con usted me voy.

Mirabella soltó á la jove..

— ¡ Bueno, pues andando! Me la llevo á usted conmigo.

— ¿ De veras?

— Venga.

— ¿ Con usted sola?

— Sí. Dejaré á mis compañeras. Seremos una de otra, y siempre viviremos solas.

— ¡ Oh qué dicha! ¿ Y, adónde nos vamos?

— Á mi país.

— ¡ No, no! Quedémonos en Trifema.

— No es posible. Mañana darían con usted.

— ¿ Quién?

— Los enviados del Rey.

— Bien se ve que no conoce usted á mi padre. El enviar en busca mía significa para él una grave decisión. Cuando se decida, ya estaremos lejos.

IV

EN QUE PAUSOLE Y SUS CONSEJEROS MANIFIESTAN SUS CONTRASTES.

Dices que he sido estudiante, y cortesano, y guerrero, y que he tenido muchos oficios... cierto : pero jamás se me ha ocurrido querer ser ministro, ó, como tú, hipócrita santurrón.

RONSARD.

Pausole, su paje y su hugonote cabalgaban juntos entre la escolta y los bagajes, montados en tres animales que simbolizaban bastante bien las diferencias de sus caracteres.

El Rey, que había puesto bajo su ligera corona un velo de batista blanca para resguardar su nuca contra los rayos del sol, estaba sentado sobre una silla que semejaba una butaca, pues tenía respaldo orejeras, cojines frescos, brazos mullidos y quitasol. Dos varillas de metal, invisibles á cierta distancia, sostenían á la altura de sus manos el cetro y el globo del mundo; pero el globo contenía una